

BULLYING

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

Tanto se está hablando o escribiendo esta temporada sobre este mal que acosa a muchos menores de hoy en día, que me he visto obligado a preguntarme yo, que durante un tiempo fui menor de edad, de esto hace ya muchos años ¿sufrí bullying en alguna ocasión?

Respondo. El primer curso escolar acudía un colegio de HH Maristas y, francamente, no tengo ningún mal recuerdo, ni en este, ni en ningún otro terreno. El segundo año fui a escuela pública y debo reconocer que sí, que sufrí algún acoso. En clase, en el recreo y al aire libre. Volví a los Maristas otro curso y todo fue completamente bien.

Inicié el bachillerato en un instituto público. Nada molesto recuerdo.

Lo continué en un colegio de patronato (ayuntamiento, padres e iglesia local). Pues, sí, en este sí, me fue relativamente mal, en alguna clase muy mal. Ya lo contaré otro día.

Acabé la etapa escolar, no de estudiante, que sigo siéndolo siempre, gracias a Dios, sino de alumno, en el seminario. Y no diré que la experiencia fue excelente, pero casi.

Hay dos clases de bullying. El hostigamiento al que le someten a la víctima los compañeros, que es del que más se habla hoy y al que ahora se le da notoriedad y el que el alumno recibe por parte del profesor, que considero es el peor, pero al que no me referiré hoy.

Evidentemente el uso de la palabra bullying es reciente y no pertenece al vocabulario juvenil. Pero el fenómeno es antiguo. El chico o la chica se atreverán en todo caso a confiar a alguien que le merezca confianza y al que consideran que de alguna manera es superior a él, y puede ayudarle, que le tienen manía. Es lo máximo que aventurará confesar. Esta palabra sí que pertenece a su vocabulario.

Le tienen manía los compañeros tal vez por su procedencia, sea cultural o territorial. También por la inferior situación económica en la que vive su familia. Le pueden tener manía por ser más inteligente y resultar el predilecto del profesor, y así le llamarán primero mimado, para en consecuencia, después marginarle, aborrecerle y despreciarle. En la evolución de la sensibilidad y fantasía del adolescente, con frecuencia surge una etapa en que se admira a un profesor y se desea ser como él y el educador, si tiene vocación de serlo y no es un simple enseñante, se siente satisfecho y realizado. Fija su mirada, sus atenciones y predilecciones en este agraciado, que, paradójicamente, se convierte en víctima de los compañeros. Poco a poco será el hazmerreir de los demás. Y duele mucho.

Si en el ambiente se usan despectivamente palabras como gitano, negro, moro o sudaca, por ejemplo, existe un buen caldo de cultivo para que germine el síndrome al que me estoy refiriendo.

A la consecuencia, o al impacto que estos improperios y antipatías, recaen en el sujeto que los sufre, le llamaremos depresión, angustia, desaliento, miedo...

O también, irresponsablemente, alguien dirá que es neurosis.

El fenómeno, creo yo, viene de antiguo. Ahora bien, lo que ha causado legítimamente alarma, y le ha otorgado notoriedad, ha sido la aparición trágica del suicidio en estas circunstancias.

He conocido el fenómeno del suicidio y de los intentos de suicidio, juvenil. Hace unos años dediqué unos cuantos artículos a la falta de esperanza que estaba en la raíz de estas decisiones. En realidad se trataba de las indicaciones que yo le daba a una quinceañera que conocía bastante bien y que se había salvado de milagro. Decir que la ausencia de Esperanza era una pandemia espiritual peligrosísima, resultaba insólito por aquel entonces. Le he dado muchas vueltas y he escrito mucho. Hoy, para triste satisfacción mía, ponen en ello mucho interés diversos Papas. Ahora bien, la situación actual creo que es peor. Ya no se trata únicamente de ausencia de Esperanza, virtud excelsa. Esta semana leía, copio textualmente: La juventud "está aprendiendo a vivir sin Dios y sin la Iglesia". Más aún, a la institución, los jóvenes la ven como anticuada, cerrada y poco cercana. Francisco quiere recuperar a los jóvenes, futuro de la Iglesia, y lanza para ellos la preparación (con encuesta incluida) del próximo Sínodo de los obispos".

Me atrevería a decir yo que los jóvenes ni siquiera ven a la Iglesia y menos la consideran, más bien ignoran su existencia. Antropólogos y sobre todo sicólogos, se responsabilizan de sanar los males de la juventud que vengo hablando. Gozan de gran protagonismo social.

Me he creído obligado a escribir sobre ello, sabiendo que lo haría improvisando, pero que no podía dejar pasar la oportunidad de hacerlo. Mentalmente se me ocurren proyectos, pero no quiero abandonar este escrito sin redactar dos cortas notas dirigidas a quien puede tristemente estar implicado y sufrir.

Le diría, le he dicho, a algún joven, situado en tal estado de ánimo:

*.- En el plano puramente humano, en primer lugar, tu sufrimiento demuestra que no eres un fresco, un caradura. Tienes sensibilidad, que aunque te haga sufrir, es una cualidad y virtud de gran calidad humana. Los perros no la tienen. No te acongojes y trata de recobrar tu autoestima.

*.- En el plano espiritual, en el que como sacerdote debo hablarte, ahora se me ocurre decirte lo que uno, que debía de estar en situación semejante a la tuya, le dice a Dios: "pobre soy y desdichado, pero el Señor piensa en mí; tú, mi socorro y mi libertador, oh Dios mío, no tardes". Son palabras del salmo 40, vers 18.

*.- Si esto le pasaba a alguien y Dios quiso que constase en el texto sagrado, es porque creía que podía serle útil a alguien, que podía serle útil a ti.

BULLYNG-(II)

El bullying es un fenómeno de dinámica escolar. Existe de antiguo un precedente, algo parecido, que se llamaba novatada, más o menos brutal, pero siempre circunscrita al inicio de los estudios. Molesta sí, pero no muy humillante. Uno esperaba sufrirla al inicio del primer curso de bachillerato. Aquel bachillerato que lo iniciaba a los 11 años para acabarlo a los 17 y pasar a la universidad después. Casi sonriendo recuerdo que me introdujeron boca abajo en una papelera. Eso fue todo. Los grandullones satisfechos, habían cumplido la tradición. Nosotros también en calma, ya habíamos pasado la prueba.

Pero el bullying que preocupa hoy en día es otra cosa.

Si afirmaba que en ninguna institución escolar había sufrido ningún abuso, no puedo decir lo mismo respecto a lo que me ocupa hoy. Si, lo sufrí en más de una ocasión, hablo, pues, por experiencia.

Un día la acción de un compañero fue alarmante, se enteraron mis padres y fueron a quejarse a la dirección del colegio. Castigaron al que me ofendió, me dio la razón el director, pero añadió: tú eres muy raro. Aquello fue un rejón que me dolió mucho más que la agresión del condiscípulo.

No niego que deban intervenir los padres, la dirección del colegio, el correspondiente psicólogo y hasta la policía y el juzgado si es preciso. Es cuestión de justicia y protección personal, para que las cosas no vayan a mayores. Pero si se limita a esto, quedará la herida espiritual abierta mucho tiempo. Decía al principio que es un fenómeno de dinámica escolar. Añado ahora que también es de dinámica de barrio, de equipo deportivo o de colonias de vacaciones.

El bullying ofende, pero el ofendido se cree también culpable y este complejo difícilmente lo eliminarán los profesionales adultos.

Hubo un tiempo que existía el movimiento scout juvenil. Recalco lo de movimiento, cuando oigo a gente adulta hablar de método scout, ya tiemblo. Si me cuentan que gente venida de fuera ejerce la dirección de una unidad, me irrito sobremanera.

Apelo a mis tiempos juveniles, al 1949 cuando pronuncié la promesa scout. Apelo también a otras épocas en que como consiliario, (Hermano Gris, me llamaban, Libro de la Selva al canto) compartí ilusiones y responsabilidades como los de la tropa.

Apelo al sistema de patrullas, de progresivo adelantamiento y mejoramiento. A los Consejos de Honor, o también llamada Corte de Honor. No era un adulto-jefe-autoridad quien juzgaba. Eran los compañeros de su misma edad que, fieles al espíritu scout, compartían con el otro, le reprochaban o le animaban, le enseñaban lo que debía corregir, para avanzar en el movimiento scout. Difícilmente se le impedía dar un paso adelante y hasta tal vez merecía un reconocimiento por su bien obrar.

Una chiquilla de 10 años logró que una de su seisena, que ni profesores, ni siquiatra del colegio, ni nadie había logrado conseguir que hablase en voz alta con los demás, nunca se atrevía a hacerlo, excepto con su familia. Un domingo que solicitó hacer la promesa, en voz bajísima como siempre hablaba. La chiquilla-jefe no se lo impidió, aceptó que diera el buen paso, pero a continuación le recriminó su proceder de tal manera y con tal compañerismo, que, cuando volví por la tarde al campamento, todos admirados me comunicaban que ya hablaba con todas y ella misma me saludaba sonriente.

A otro se le burlaban sus compañeros porque no comía tomates, que de ninguna manera le gustaban. Se reían los otros y quedaba casi marginado. En el seno familiar ocurría lo mismo. En un campamento la jefa de la unidad fue capaz de solucionarlo. Fue un éxito tal, que todavía ya adulto, me ha saludado y para que me acordara de él, me ha dicho: soy el de los tomates.

Siquiatras, policía y tutores, no dudo sean útiles, pero no suficientes.

Es preciso recordar la capacidad de responsabilidad y de acción altruista del que ha llegado al uso de razón. Estos días lo pensaba, mientras rezaba el oficio litúrgico en la fiesta de Santa Inés, una chica cristiana responsable y valiente hasta el martirio, que tenía 12 años cuando murió (una pre-adolescente diría cualquier educador, que no confía en quien es de inferior edad, hasta que no haya pasado en no sé cuantos cursos de capacitación y obtenido el correspondiente título o diploma.

¿Y Nennolina? Esta sí que es de nuestros tiempos y murió santa y heroicamente poco después de cumplir siete años. Sin catequesis de primera comunión, ya antes de saber leer y escribir, le dictaba cada noche cartas a su madre, dirigidas a Jesús.

El bullying, la educación y la santidad, son realidades que se deben operar como fenómeno de dinámica escolar, vuelvo a repetir.

BULLYNG(III)

Hay que reconocer sinceramente, que este triste fenómeno escolar ha existido siempre, con más o menos intensidad. Ahora bien, si ha saltado la alarma ahora, creo yo, es por la aparición trágica del suicidio de algunas de las víctimas. Se conocía el fenómeno del suicidio juvenil, pero se atribuía, seguramente con acierto, a otras causas

Ya decía al principio de estos comentarios que me preocupaba la ausencia de reflexión religiosa, cristiana, ante la gravedad que había adquirido el fenómeno. Que se acuda a psicólogos, policías y jueces, lo encuentro justo, pero no suficiente. Pienso que es fundamental preguntarse ¿siendo un fenómeno antiguo el bullying, ¿cual es el motivo de que desemboque demasiadas veces en este final trágico? ¿se educa por parte de quien toque, en el valor de la vida humana? En el ámbito cristiano de las familia, escuelas confesionales, catequesis, organizaciones juveniles, etc. ¿se reflexiona y se orienta sobre esta cuestión?. La vida humana es sagrada, obra de Dios ¿se educa en ello? ¿es tema de catequesis de confirmación, por ejemplo?. ¿se es consciente de hay una diferencia abismal entre una gamberrada y un ataque en el que peligre la integridad y la vida?.

La figura de Caín y el relato de su situación interior, maravillosamente contado ¿se estudia?

A veces piensa uno que las legislaciones se preocupan con tal ahínco del respeto y cuidado de los animales, sean mascotas o bestias salvajes y de su conocimiento y protección, con leyes y sanciones perfectamente reguladas y se olvida el mucho mayor valor que tiene la libertad y vida humana.

A mí los HH Maristas me enseñaron que el quinto mandamiento suponía el respeto a los compañeros, no pegarles, por ejemplo y, como no lo cumplíamos del todo bien, era pecado del que nos confesábamos. Cuando uno escucha, como yo he escuchado, de educadores religiosos, que sus alumnos chicos y chicas, no hace falta que se confiesen, o en todo caso que solo se refieran a "faltas" porque, claro, ¿qué pecados pueden cometer, si solo tienen trece años? Siente pánico.

Preguntaba y pregunto con frecuencia, qué aprenden, qué les enseñan en clase de religión los que han escogido esta materia y me pasma que me digan que estudian el budismo y el islam, por ejemplo. Ya sé que la asignatura no es una catequesis, pero es preciso que tengan conocimiento de los principios de comportamiento fundamentales en los que se funda el cristianismo, que son diferentes de los que han escogido otros caminos.

Otro día me referiré brevemente a un fenómeno paralelo, que también siempre ha existido y que ofende, perjudica y a veces causa lesiones que pueden convertirse en traumas

síquicos. Se trata de la actitud del educador respecto a los alumnos, o más bien a algunos alumnos.

BULLYNG SUPERIOR

La sociabilidad del muchacho, tanto de él como de ella, sus características buenas y malas, se iniciará y perdurará según la experiencia vivida en el seno familiar. Difícilmente de mayor será capaz de compartir con los demás correctamente, si de pequeño no ha tenido ocasión de hacerlo.

Otro factor es la vecindad, sea de patio o de barrio. Jugar con los hijos del vecino en el cuarto de los juguetes o, con los del entorno, en jardines o en parques, modela la incipiente personalidad.

El tercer factor es la escuela, con su horario, la duración de sus clases, la de los estudios y las de recreo. En teoría, sería este el integrante más disciplinado.

En el seno de las familias cristianas un componente fundamental es la Iglesia, la Fe, la Gracia, mediante sus instituciones específicas, sea catequesis, reuniones o asociaciones reconocidas. Sin ignorar la vida sacramental, que es esencial y fundamental.

Si alguien ha llegado a leer hasta aquí, seguramente, estará pensando en lo anticuado que soy ¡Dios mío, a quien se le ocurre imaginar que la vida de la gente joven de hoy, recibe tales explícitas influencias! Que conste que no lo ignoro. Vaya por delante que yo sí que tuve la ocasión de recibir tales influencias.

Éramos seis en la familia, pero, en ciertos momentos, en el mismo piso, vivieron primos o abuelos.

En los jardines próximos o en el cercano parque, jugábamos, discutíamos, nos peleábamos y hasta se inició un sutil enamoramiento.

El colegio de los Maristas, o el Instituto, no estaban cercanos. Uno iba, estaba, salía y volvía. Los jardines sí que estaban al lado de la casa. Por la ventana nos podían ver y de alguna manera controlar. Subíamos a los árboles, excavábamos agujeros, cazábamos insectos o nos guardábamos piedras, que coleccionábamos con el pomposo nombre de minerales. La convivencia no era homogénea, chicos y chicas y de no idénticas edades, sin ser demasiado conscientes de la diferencia que pudiera haber entre nosotros.

La Iglesia como institución, no estaba exactamente delimitada. Asistíamos a misa al convento próximo. Los límites parroquiales cambiaron en más de una ocasión, sin que nos importara lo más mínimo. El Aspirantado de Acción Católica, no tenía fronteras, ni la Congregación Mariana tampoco.

Experiencia idílica la mía, puede parecer, pero así lo fue. Hoy es irrepetible. La vida ha cambiado. No obstante, no deberemos olvidar estos parámetros.

La relación familia-escuela puede ser difícil. Asociaciones de padres que quieren fiscalizar al claustro. Padres que no respetan el prestigio y respeto que el maestro merece. Son problemas reales. Surge el conflicto, se encuentran los progenitores con el profesor, no están de acuerdo a veces. Es más frecuente de lo que parece. Hay incompatibilidad. El alumno puede cambiar de escuela, de padres, no, evidentemente.

La finalidad del maestro es la enseñanza y algunos aspectos de la educación. La relación entre el docente y los alumnos no debe ser lejana. Se estrecha a veces. Surge simpatía con algunos o antipatía con otros.

El alumno es víctima muchas veces de ello, sufre, deja de aprender o de entender lo suficiente y se siente lesionado. Generalmente lo expresa diciendo que le tienen manía.

Esta aversión es un fenómeno paralelo al bullying, no hay que olvidarlo. Sus consecuencias pueden derivar hacia el fracaso escolar.

Digo siempre, y por experiencia, que lo que le hace más feliz a uno, es enseñar al que no sabe. Y lo que más le tortura es pretender enseñar al que no quiere aprender.

El bullying al que me referí otros días, se ha convertido casi en un delito tipificado y penado. Sufrir la manía de un docente, no.

Tengo experiencia de ello y para que conste, me referiré a época adulta. Un profesor me comunicaba un día que tenía que suspenderme. Reconocía que, en el curso, era uno de los que más teología sabía, pero me decía: has estudiado cuando has querido y como a ti te ha dado la gana, y el alumno debe estudiar cuando el profesor quiere y como él lo quiere. Me dolió mucho. Como finalmente me asignó un aprobado justo y pude pasar curso, no llegó a causarme trauma. Perdí prestigio, las notas, por aquel entonces, se hacían públicas. Ahora bien, he continuado aprendiendo teología y aplicándola a mi vida cristiana. Y sigo estudiando, sin que nadie asigne calificaciones. Excepto las que pueda darme Dios, en quien siempre he confiado y confío me permita pasar el curso temporal e incorporarme al eterno.

Y es que hay una cuestión fundamental: enseñar es cuestión de vocación, más que de oficio, aunque hoy no se quiera comúnmente reconocer.

La ventaja del que sufre "bullying" del docente, es que su duración es limitada. Además quien la sufre de sus compañeros puede recibir insultos por la calle, le pueden escupir o pegar. Enemigos y víctima en la calle juegan en campo propio, cosa que no ocurre con el profesor. Aún así no se puede olvidar los trastornos de personalidad que puede causar un maestro.

BULLYNG SUPERIOR-SEGUNDO-

Vocación y profesión son dos situaciones que se entremezclan en las vivencias de un maestro. Como profesión se decía antiguamente que alguien pasaba más hambre que un maestro de escuela. Ahora bien, nadie se moría de gana. Pequeño sueldo, pero ayudaban algunos obsequios de las familias, máxime si ejercía en un medio rural.

La vocación es otra cosa. Es difícil, si uno la siente, poder ahogarla o suprimirla.

Acabada la guerra civil española, en 1939, la situación de los docentes en uno y otro bando de la contienda, fue mala y a veces adversa. Los maestros del bando republicano se vieron envueltos en un proceso que creo recordar llamaban de depuración que, en el mejor de los casos, supuso la expulsión de su empleo. En el otro escaseaban los titulados. Muchos maestros habían muerto, era preciso conseguir nuevos empleos y se recurrió a estratagemas más o menos adecuadas. Recuerdo dos casos familiares. Un primo mío, había luchado en los últimos tiempos de la contienda, era joven y espabilado, por ser soldado y buen chico, en un trimestre consiguió el título. Ejerció como pudo y supo. Más tarde se incorporó al mundo empresarial y consiguió buen empleo. Una de mis hermanas, por aquellos días, acababa sus estudios de bachillerato, aquel de 7 cursos y el correspondiente "examen de estado". Sus deseos eran acudir a facultad universitaria, ahora bien, la situación no permitía tales gastos. Gracias a un cursillo que duró seis meses consiguió sacar e título y ejercer. Recuerdo que en una de las escuelas donde se desempeñó, las alumnas de aquella clase eran 80, pues bien, ella se sentía feliz dentro de sus afanes difícilmente abastecidos por el Estado y añadido que el año pasado, 2016, todavía encontré a una buena mujer anciana que había sido alumna suya y que me recordaba con mucho aprecio, su labor docente. Cuando hay vocación y se es fiel y honrado, se hacen milagros.

En el terreno de la vocación y antropológicamente considerándolo hay tres profesiones de gran valor humanístico. En el campo de la salud (medicina y enfermería) en el de la responsabilidad social (asistente social o trabajadora social) y en el de reconocer valores trascendentes el sacerdocio o la profesión religiosa en entidad que sea este su carisma.

Ahora bien, la docencia exige mucho equilibrio personal. Dominio emocional y responsabilidad profesional. La cosa es difícil. Peligra el "bullyng" del que hablaba la semana pasada.

El alumno víctima se queja de que tal docente "le tiene manía". Sufre, retrasa sus estudios y hasta llega a fracasar.

Vuelvo a recordar que enseñar al que no sabe es una de las obras de misericordia. Este mismo domingo, 6ºA, en el texto evangélico recordaba Jesús aquel que cumpla y enseñe a los demás a hacer lo mismo, será tenido por grande en el Reino de los Cielos.

Durante mi vida sacerdotal, me ha tocado enseñar en diversas situaciones. Quiero decir tanto religión como materias paralelas. He sido muy feliz haciéndolo. Pero llegó un día que las situaciones ambientales y las normas, lo dificultaban. Prácticamente no podía uno ejercer ninguna presión. Los alumnos continuaban permaneciendo en el centro sin importarles nada, la situación me resultaba insoportable y tuve que abandonar la docencia. No ocurría en otra clase de centros, hablo de mi experiencia. Traté de no tener manía u ojeriza a nadie y constato que cuando me encuentro a antiguos alumnos, son ellos los primeros en saludarme.

No sé si lo hice muy bien, pero por el bullying al que me refería sentía pánico. Si enseñas poco, aprenderán poco, si enseñas a espabilarse y aprender por cuenta propia y a aficionarse en el estudio, aunque sepan poco, más tarde lo recuperan.

Recuerdo siempre los antiguos tiempos en que los profesores de latín acostumbraban a ser sacerdotes. Muchos de ellos lo hacían como simple empleo. La lengua clásica y la religión salían muy dañadas. Y de uno de ellos sufrí bullying. El daño se me pasó cuando supe que el tal cura sufría habitual dolor de estómago y su mal humor lo volcaba en mí. No me costó perdonarle y me hizo poco daño. Pero me costó mucho apreciar el mundo cultural clásico. -

pedro José ynaraja díaz